

Por aquí puede deducirse cuán bellas serán las que lo parezcan á los ojos del extranjero, á pesar de estar ensombreradas, agarrotadas y aplastadas en aquellas hechuras inverosímiles; y cuán feas y desagradables debe parecer la generalidad, que allí como en el resto del mundo, no es el número menor.

Pasando revista al bello sexo, llegué á una vasta plaza llena de tiendas y barracones, rebo-sando gentes, por lo cual vine á comprender que había llegado á Alkmaar en un día de *kermesse*.

Hé aquí el punto más característico y extraño de la vida holandesa.

La *kermesse* es el carnaval de Holanda; y se diferencia del nuestro, en que dura únicamente ocho días, y en que cada ciudad y cada pueblo lo celebra en distinta época.

Es verdaderamente difícil decir en qué consiste esta fiesta. En tiempo de la *kermesse* surge dentro de cada ciudad holandesa otra nueva ciudad compuesta de cafés, de teatros, de tiendas, de kioscos, de pabellones, que al terminar la festividad se descompone como un campamento, se carga en los buques, y se traslada á otro punto. Los habitantes de esta ciudad vagabunda, son comerciantes, músicos, histriones, charlatanes, jigantes, mujeres colosales, chicos monstruosos, animales deformes, figuras de cera, caballos de madera, autómatas, monos sábios, perros amaestrados, fie-

ras. En medio de las innumerables tiendas en que se alberga tan extraña población, hay centenares de casas, pintadas, barnizadas y doradas, compuestas de sala y cuatro cuartos para alcoba en las que varias muchachas vestidas á la frisona con el casco de oro y la cófia de bandas sirven á los parroquianos confites particulares, llamados *broedertijes*, que son el manjar emblemático de la fiesta. Además de los puestos de saltimbanquis y los cafés, hay bazares de feria, circos ecuestres, grandes teatros, en los cuales se representan diversas farsas, algunas líricas, y toda clase de espectáculos extraordinarios para el pueblo holandés.

Tal es la ciudad provisional en la cual se celebra la *kermesse*; mas la fiesta propiamente dicha es otra cosa.

En aquellos cafés, en aquellos puertos, por las calles y plazas, día y noche, y por cuanto tiempo dura la *kermesse*, beben y se emborrachan, saltan, bailan, cantan, se empujan, se abrazan y se mezclan criados y obreros, campesinos y aldeanos, hombres y mujeres de todas las clases del pueblo bajo con un furor y una licencia, ante la cual son chiquilladas inocentes los desórdenes lúbricos y las liviandades de nuestro Carnaval. En aquellos días el pueblo holandés se despoja de su carácter de tal manera, que no se le reconoce. Habitualmente grave, económico, casero y mo-

desto, en tiempo de la *kermesse* se vuelve escandaloso, ríe de la decencia, pasa las noches fuera de casa y gasta en un día el fruto de los ahorros de un mes. Las criadas gozan de libertad, y si no se la conceden se la toman, sirviendo de principales actrices en el festival. Cada una se hace acompañar de su novio ó su amante, ó de cualquier jóven elegido por lazarillo, al cual se paga su servicio con moneda y precio de distintas calidades, y tanto les importa á ellas que lleve sombrero ó gorra, que sea guapo ó feo, que sea tonto ó listo. Los campesinos y las campesinas vienen á la *kermesse* de la ciudad ó del pueblo en un día que se llama el día de los aldeanos, y sobre poco más ó ménos se divierten con iguales libertades que los hombres de la ciudad. El colmo de la bacanal es la noche del sábado. Entonces la fiesta no es ya fiesta, sino orgía saturnal que no tiene ejemplo en ningun otro país de Europa.

Yo rechazaba las referencias de ciertos holandeses negándome á dar fé á las pinturas que se me hacían de la *kermesse* con horribles colores, y creía, como otros más indulgentes me aseguraban, que fuesen exajeraciones rigoristas de gente intolerante. Pero cuando oí afirmar las mismas cosas por personas despreocupadas, como testigos oculares, ya holandeses, ya extranjeros, y que me decían:—Lo he visto con mis propios ojos, en este sitio, en aquella ventana, en esotro palco del tea-

tro—entonces creí tambien en los palcos convertidos en alcoba, en el pudor postergado en las calles, en las parejas amorosas dormidas en medio de la vía pública, en los guardias de policía encargados especialmente de impedir el supremo escándalo que puede darse al aire libre, en los médicos que dicen:—«Este año no tendremos muchas nodrizas, porque las *kermesses* del anterior estuvieron poco animadas»—en los holandeses, en fin, que apellidan á esta fiesta «vergüenza nacional.»

Conviene decir, sin embargo, que de algun tiempo á esta parte las *kermesses* están en decadencia. La opinion pública se halla dividida en este punto. Hay quienes las favorecen, porque como actores ó espectadores se divierten, y niegan ó escusan los desórdenes y dicen que la prohibicion de las *kermesses* provocaría una revolucion. Hay otros, por el contrario, que las combaten y no cesan en la propaganda constante á fin de que se supriman, solicitando á este objeto la institucion de espectáculos y diversiones honestas: atribuyendo á la falta de estos recreos la principal causa de los excesos á que se abandona el pueblo en la única ocasion de divertirse que se le proporciona con las *kermesses*. La opinion de estos últimos vá prevaleciendo.

En algunas ciudades se han tomado duras medidas para enfrenar las bacanales; en otras se ha

determinado que á cierta hora de la noche se cierran las tiendas; en varias se alejan los puestos del centro de la ciudad, y el municipio de Amsterdam ha establecido que dentro de unos cuantos años se cerrará el sitio donde provisionalmente se verifica la feria para no fabricarse de nuevo jamás. Se puede, por tanto afirmar que dentro de breve plazo, estas famosas *kermesses* quedarán reducidas á alegre carnaval, más mesurado y de mayor templanza, con grandísimo beneficio de la moral pública y en pró de la dignidad nacional.

No en todas las ciudades holandesas se celebran las *kermesses* con igual clamor y con el mismo grado de escándalo. En El Haya, por ejemplo, son mucho ménos ruidosas que en Amsterdam y en Rotterdam, y me imagino (porque no estuve por la noche) que en *Alkmaar* lo sean mucho ménos que en El Haya, sin que esto quiera decir que sean un modelo de decencia.

La plaza donde llegué, como antes decía, estaba llena de arlequinadas barracas, á la puerta de las cuales se rompían los brazos á fuerza de tocar instrumentos de percusion, los charlatanes, y se ponían roncos á fuerza de llamar la gente, los saltimbanquis vestidos con camisetas y pantalones de color de carne, y bailarinas apenas vestidas. Delante de cada tenducho, una multitud de curiosos se apiñaba, de la cual de cuando en cuando

se destacaban dos ó tres hombres de campo para entrar al espectáculo. No recuerdo haber visto nunca gente más sencilla, más mansa y fácil de contentar que aquella. Entre una y otra sonata, un chiquillo de diez años vestido de payaso, de pié en una especie de tribuna al lado de la puerta, atraía y entretenía delante de la casucha una muchedumbre de doscientas personas, que reían de los gestos y mamarrachadas del pequeño histrión. Este contaba historietas, con toda claridad expuesto el asunto, sin la gracia y hasta finura de los saltimbanquis de París, que cuentan sus indecentes historias con áticos *calembours*; y ni en los gestos ni en nada aparecía para mí el chicuelo con gracia de ninguna especie que me hiciese sonreír; y en cambio para aquella buena gente le bastaba que hiciera un saludo ó arrojase una flecha de papel sobre el grupo para que se les viera hasta la última muela! Girando en medio de aquellos puestos, encontré alguna campesina borracha; oí cantar en falsete más de una chica que se tenía apenas de pié á causa de los excesos; cojí infraganti alguna pareja amorosa en que el Tenorio acariciaba con su diestra la barba de su conquista como en los cuadros de Teniers; ví algun grupo de mujeres que preludiaban las risotadas nocturnas dándose cachetes... pero en realidad... nada criminal. Era verdaderamente una barahunda, como dice Alfonso Esquiroz, de gente que no

sabe hacer cosas peores. Pero como quiera que yo no daba entero crédito al juicio de Esquiroz, sino de día, y presentía que al oscurecer empezaría un espectáculo mucho más dramático, así, para no encontrarme solo, de noche, en medio del ruido de una ciudad desconocida, y en la cual me habría aburrido, decidí partir inmediatamente para Helder, y enfilando el camino más corto, me dirigí á la fonda.

Cuando entré no había hablado con nadie, porque el mozo que me acompañara, había pedido para mí el cuarto y llevado á él la maleta. Yo creía que, ó el dueño de la casa ó algun camarero al ménos, comprendería el francés. Cuando volví de mi paseo, criados y dueño se habían marchado sin duda á trincar de lo lindo y en casa no quedó sino una criada vieja, la cual me condujo á una habitacion, haciéndome comprender que no entendía una sola palabra de las que yo articulaba, con lo cual me dejó para marcharse á sus quehaceres.

Había en aquella sala una gran mesa donde sin duda comieron gran número de alkmaareses, que en aquel momento empezaban la operacion del quilo en medio de una nube de humo, charlando y gesticulando con extraordinaria vivacidad. Al verme tan solo é inmóvil en un rincon, me lanzaban de cuando en cuando una mirada compasiva, susurrando alguno en el oido del ve-

cino varias palabras que me imagino expresarían el mismo sentimiento que la mirada. No hay nada que desconcierte tanto á un extranjero ya desconcertado, como el verse sirviendo de objeto de conmiseracion por una reunion de indígenas alegres. Dejo, pues, á mis lectores la facha que yo debía presentar en aquel momento. Despues de algunos minutos, uno de los gruesos alkmaareses se levantó, tomó su sombrero y se dispuso para salir. Cuando estuvo delante de mí, se paró y me dijo con sonrisa piadosa y cortés en mal francés y haciendo que destacasen todas las sílabas: —En Alkmaar no hay placeres; en París siempre placeres. —Me había tomado por un francés. Esto dicho, cogió el sombrero, y creyéndome bastante consolado con su frase, me volvió la espalda y salió con reposado paso de la sala. Sin duda era el único de la reunion que sabía media docena de palabras en francés.

Sentí un vivo movimiento de gratitud hácia él, y despues volví á caer en el mismo mísero estado de antes.

Trascurrió otro cuarto de hora, y por fin llegó un camarero. Al verlo respiré; corrí á su encuentro y le dije que me quería marchar. ¡Oh, desilusion! No comprendía una sílaba. Lo cojí por un brazo, lo conduje á mi cuarto, le señalé la maleta y le expliqué por signos y gestos que quería marcharme. — ¡Marchar! pronto se dice; pero

cómo, por bareo, por ferro-carril, por *trekschuit*;— me replicó que no entendía. Me ingenié para hacerle comprender que quería un coche.—Comprendió entonces, pero me respondió que no había coches. Despues le pregunté si había un mozo que me llevase la maleta.—Tampoco había mozos. Le pregunté, con el reloj en la mano, á qué hora volvería el dueño de la casa. Me respondió que el dueño de la casa no volvería.

Le pedí que él mismo me llevase la maleta; me contestó que no podía. Le pregunté en un raptó de desesperacion que qué iba á hacer yo, y entonces no me replicó nada, sino que me estuvo mirando gran trecho de tiempo en silencio. En semejantes ocasiones pierdo la paciencia, el valor y la cabeza con una facilidad extraordinaria.

Empecé á hablar, haciendo una mezcla inaudita de palabras alemanas, francesas é italianas, abriendo y cerrando la guía, trazando y cambiando en mi cuaderno líneas y dibujos que querían representar barcos, locomotoras, yendo de acá para allá en la habitacion como un loco, hasta que el pobre jóven, no sé si asustado ó aburrido, tomó la puerta y me dejó con un palmo de narices.

Entonces tomé mi maleta, me la eché á cuestas y bajé la escalera. Los alkmaareses que estaban en la sala del piso bajo, avisados sin duda

por el camarero de mi extraña agitacion, habían salido, y al verme bajar se habían parado en el patio, mirándome como se mira á un loco escapado del manicomio. Yo me puse encarnado como una cereza, lo cual aumentó el estupor de aquellas gentes. Y llegado al pié de la escalera, dejé caer al suelo mi pesada maleta y permanecí inmóvil mirando la punta de los piés del círculo de mis espectadores. Ninguno quitaba sus ojos de mí ni hablaba palabra. Yo estaba anonadado como no recuerdo haber estado en mi vida. ¿Por qué? Lo ignoro. Solo sé que veía una nube ante mis ojos, y que habría dado un año de vida por desaparecer de allí como un relámpago, y que maldecía los viajes, Alkmaar, la lengua holandesa, mi estupidez, y que pensaba en mi casa, como un prófugo abandonado de los hombres y de Dios!!...

De repente, un chico, salido de no sé dónde, se presentó, cargó con mi maleta y se alejó rápidamente, haciéndome ademan de que le siguiera. Lo seguí sin preguntar más, atravesé una calle, enfilé un porton, pasé por un patio, llegué á otro zaguan que salia á otra calle, y enmedio de ésta, el chico se paró, descargó su maleta, es decir, la mia, me pidió la propina, se la dí, y sin responder á mis preguntas, me dejó plantado y echó á correr.—¿A dónde me había conducido? ¿Qué debía hacer allí? ¿Cuánto tiempo debía esperar? ¿Qué iba á ser de mí? ¡Era un misterio!

Empezaba á oscurecer, pasaba por la calle gente del pueblo dándose el brazo, hombres y mujeres alegres cantando, parejas de amantes que se hablaban al oído. Todos alegres y provocativos; y al verme tan solo y con el entrecejo tan arrugado, me lanzaban una mirada de estupefacción ó de lástima. Estaba, pues, en berlina; acaso me condujeron allí con tal intento. Al principio lo sospeché; luego tuve la seguridad, y se me encendió la sangre en las venas, se me oprimió el corazón, y me disponía á cojer la maleta para volver á mi albergue y vengarme á toda costa.

En aquel momento apareció una diligencia, y el corazón me dió un vuelco de alegría y de esperanza. La diligencia se paró delante de la puerta donde yo estaba; un muchacho de pié en el pescante, me hizo signo de que montase: lo reconocí inmediatamente.—¿A la estación del ferrocarril? le pregunté con ánsia.—¡Sí señor, me respondió en mal francés; y añadió con gran entonación: para partir á Helder!

¡Ah! que Dios te bendiga muchacho de mi alma, grité saltando dentro del coche y alargándole un florin; á tí te debo la vida!

La diligencia me condujo á la estación, y pocos minutos despues partía para Helder.

Quien no haya viajado se reirá de esta aventura y dirá que es una exajeración ó una fábula; pero el que tenga alguna experiencia de los via-

jes, de fijo recordará que se ha encontrado en más de una ocasión en semejantes apuros, y que ha sentido iguales sensaciones, al haber perdido la brújula de la misma manera que yo la perdí, y al contar quizá análogas aventuras hasta con las mismas palabras.